

El Misterioso Púrpura

Cuento

Autor: Alisa Gromova

ÍNDICE

El bosque se altera	5-6
Los hijos del Rey	7
El salvador	8-9
El sacrificio.....	10-12
La visita al reino de los espíritus	13-15
El Príncipe se enamora	16-18
Flores para Sibille	19-20
Las estrellas brillan por Marionn	21-23
Canción del amor y de la guerra	24-25

El Misterioso Purpura

1. El bosque se altera

El negro manto de la noche cayó sobre la tierra, cubierta de nieve. Desde hace muchas décadas no se daba un invierno tan duro como este año. Reinaba el frío y reinaban los espíritus — guardianes de los bosques.

Mientras el mundo se hallaba sumido en un profundo sueño, en algún lugar del bosque, se reunieron los guardianes en una amplia llanura.

En medio estaba la Madre de los Espíritus, ataviada con telas, tejidos de hilos de diamantes y decorado su cabello negro con estrellas caídas.

Alzó las manos hacia el cielo y con un ligero movimiento acercó la luna llena hasta colocarla justo por encima de su cabeza. La llanura se alumbró con una pálida luz plateada y se iluminaron los rostros de todos los guardianes que aguardaban alrededor.

—¿Dónde está Marionn?—preguntó la madre disgustada.

En ese momento una manada de águilas gigantescas tapó con sus alas la luz de la Luna. Sobrevolaron la llanura, rozando las ramas con sus plumas negras. Un joven saltó del ave más grande y aterrizó enfrente de la reina. Se trataba de Marionn, el Guardián de las Águilas negras, el espíritu más inquieto y aventurero.

—Ponte en tu sitio — dijo la reina reprendiéndolo con la mirada.

El joven se alejó con una reverencia.

—Los planetas me contaron que una guerra se aproxima—anunció la madre mientras caminaba en círculos por la llanura.

Todos escuchaban atentamente sus palabras, algunos guardianes se emocionaron, otros se estremecieron.

La reina estiró el brazo y de la palma de su mano surgió un fino remolino de neblina que crecía en forma de espiral hasta convertirse en una enorme bola de luz. La neblina se disipó mostrando en su interior imágenes de sufrimiento y muerte de guerras pasadas, procedentes de la memoria de la reina. Los rostros de los guardianes se contrajeron con muecas de dolor y miedo.

—¿Es esto lo que queréis?—exclamó airada, mientras sus blancos ojos se prendían con fuego—.Cada vez que la sangre humana riega la tierra, alimenta a los demonios y éstos se hacen fuertes.

—¿¡Pero debemos ayudar a los hombres con los que compartimos la tierra, a los que juramos lealtad?! — preguntó el Guardián de los Osos, un robusto muchacho de piel morena y ojos amarillos ámbar.

— No sabemos aún— contestó la Madre de los Espíritus y recogió la bola de la memoria dando una palmada en el aire—.No es una decisión que nos corresponde tomar. Debemos estar más atentos que nunca al mundo de los hombres. Son débiles y vulnerables, presas fáciles para las fuerzas del mal. ¡Y ahora, volved a vuestros quehaceres y mantenedme informada de toda noticia!

Los guardianes se despidieron de su ama y se alejaron de la llanura, algunos a lomos de criaturas salvajes, otros se sirvieron del viento y de las ramas. La llanura quedó vacía, excepto por la presencia del joven Espíritu de las Águilas que permanecía silencioso bajo la sombra de un frondoso pino.

—Hay algo que quiero pedirte, gran madre—pronunció indeciso y tras una breve pausa añadió:—y me gustaría que fuera en privado.

La reina lo contempló recelosa. Nuevamente, se hizo silencio en el bosque, interrumpido en ocasiones por el crujir de alguna rama vieja.

—Gracias por presidir nuestra reunión, ya puedes volver a tu lugar—dijo dirigiéndose a la Luna y ésta se desplazó sobre el cielo nocturno hasta convertirse en una mancha del tamaño de una moneda.

—Hay una princesa que visita los bosques, viene desde el castillo de Radomir a caballo y trae sus álbumes repletos de dibujos y bocetos. Supongo que sabes a quien me refiero si le permites entrar en tus dominios.

—Sé de quien hablas, de la princesa Amara, que viene al bosque motivada por la creación, en busca de la belleza y respuestas. Un ser de luz.

— Esa princesa me ha robado el corazón. La quiero...

La Reina se rió como se ríe uno de las gracias de un torpe gatito jugando con una bola de lana.

—Marionn, mi alma más caprichosa, no se puede tenerlo todo, ni siquiera para nosotros.

—Pero tú eliges las almas, te encargas de reclutar guardianes, sé que puedes conseguirla para mí — insistió el muchacho.

—Tomaré en cuenta tu petición—sentenció la reina y le indicó que se marchara.

El joven silbó y un águila negra descendió suavemente a sus pies. Marionn le susurró algo al oído y el pájaro le contestó en un idioma que sólo él podía comprender. Las águilas negras eran de las criaturas más antiguas de la Tierra. Procedían de los acantilados del norte, conocían todos los rumbos del viento y podían sobrevolar medio mundo en un solo día. Tras un breve y afectuoso diálogo, Marionn se agarró fuerte a las plumas del pájaro y los dos desaparecieron en el negro cielo de la noche.

Cuando al fin se quedó a solas, la reina se concentró en sus obligaciones. Tenía muchas cosas que hacer, una batalla eterna se libraba en los sueños de los hombres. Una eterna batalla entre el bien y el mal.

2. Los hijos del Rey

El gran Radomir reinaba con justicia y firmeza el Imperio Skifo. Conocía cada pueblo de su dominio y los nombres de todos los gobernadores de las ciudades que componían su Imperio. Defendía las fronteras de los ataques de los bárbaros y era dueño de toda tierra conocida entonces. Su castillo se encontraba en el corazón de Skifia, rodeado por el Bosque del Millón de Años. Las torres del castillo eran tan altas que la hija del rey, cuando salía por las mañanas a desayunar a la terraza, a menudo tomaba el té entre las nubes.

Los dos amados hijos del rey, el príncipe Eivor y la princesa Amara, querían y respetaban a su padre. Pero Eivor y Amara eran tan diferentes como el Sol y la Luna. El primero era un apuesto guerrero, amante del calor de las batallas y de la adrenalina de las competiciones, domador de caballos salvajes y el mejor espadachín del reino. Siempre trataba de ser el centro de atención y alguna que otra vez exageraba sus hazañas para sorprender a las damas y provocarles suspiros. Contrataba a cantautores solo para que compusieran canciones sobre su persona. También encargaba a los mejores sastres del reino trajes a medida para resaltar su desarrollada musculatura. Por ello conseguía que todas las jóvenes doncellas se enamoraran de él.

Mientras tanto, la princesa Amara conversaba con las flores y mandaba construir túneles privilegiados para las hormigas, preocupada por no matar de casualidad algún ser vivo con su esbelta pisada. Rechazaba las propuestas de matrimonio de los nobles más galanes y apuestos del reino y las hazañas para conquistar su corazón poco interés despertaban en la princesa. Le gustaba pasear por los jardines y que el mago, el contador oficial de las estrellas, le explicase las constelaciones. La princesa amaba la pintura y la música. Sabía escuchar los ruidos de animales que nadie oía y podía ver a los espíritus del Bosque del Millón de Años que nadie más conocía.

Todos los años, con las primeras nieves, los mercaderes que viajaban a través de los mares del Imperio, llegaban a Skifia, presentando al rey su mejor mercancía. Radomir les recibía mostrando gran hospitalidad y mantenía la tradición de honrar a sus invitados con la presencia de toda la familia real.

El rey observó la corte. Su hijo lucía impecable en el gran sillón a su derecha, mientras que el estilizado sillón a su izquierda permanecía vacío.

—¿Dónde está la princesa?—se quejó el rey a su principal consejero Itzar, que al mismo tiempo era mago oficial del rey, ministro de asuntos internacionales, pedagogo de sus hijos y, en ocasiones, maestro de ceremonias reales. En fin, una persona de confianza e innumerables talentos.

—Desconozco su paradero desde el amanecer, mi señor—contestó Itzar y algo nervioso añadió:—tal vez se haya marchado al bosque.

Radomir frunció el ceño y ordenó al príncipe encontrar a su hermana y traerla de vuelta cuanto antes.

Le molestó la ausencia de su amada hija, pero para no disgustar más a los cansados mercaderes con la espera, dio la orden de comenzar el recibimiento.

3. El salvador

Amara azotaba a su caballo sin piedad. Una fuerte nevada le dificultaba el paso y el camino apenas se distinguía debido a la fantasmagórica cascada de nieve.

Había salido del castillo con la primera luz de la mañana, buscando contemplar a la nueva Guardiana del Invierno, recientemente reclutada por la Madre de los Espíritus, que reinaba en el Bosque. El sol se veía nítido en el horizonte y el cielo despejado garantizaba calma. En el momento en el que la princesa se había adentrado al bosque, unas pesadas y esponjosas nubes, cargadas de nieve aparecieron sobre su cabeza. Cuando Amara alcanzó el lugar donde había dejado atado su caballo, la nieve ya le llegaba hasta las rodillas.

Su padre estaría furioso con ella. A mediodía se esperaba la llegada de los mercaderes y le había prohibido ausentarse. La princesa estaba segura de que volvería para la hora de comer, pero la nevada cubría el camino e imposibilitaba el paso de su caballo. La desesperación terminó apoderándose de ella cuando una enorme sombra negra se le cruzó repentinamente. El caballo relinchó y cayó de lado. La caída de Amara se suavizó con la nieve y, aún así, el golpe fue duro. Tendida en el suelo y aturdida, la princesa pensó que probablemente moriría ahí. Nadie sabía que había salido del castillo y para cuando se dieran cuenta de su ausencia, ella ya estaría congelada. En vano trataba de incorporarse, los enormes copos de nieve azotaban sin piedad la tierra, impidiéndole casi respirar y abrir los ojos.

De repente, una fuerte mano la sacó de aquella emboscada de la naturaleza, y lo primero que vio fue un bello rostro masculino. Sus ojos verdes la miraban con ternura y su cabello se agitaba rebelde a causa del viento. Pequeños copos de nieve quedaban atrapados en sus pestañas, resaltando aún más la belleza de su mirada. Lo reconoció. Era Marionn, el Guardián de las Águilas. Lo veía sobrevolar el bosque a veces y otras tan sólo podía sentir su presencia. Sabía que el joven la observaba curioso. Y cada vez que Marionn le dedicaba una tímida sonrisa, Amara se emocionaba desde las puntas de los cabellos hasta las puntas de los pies.

Todo fue como un febril sueño. Sentía que estaba volando en alguna de las águilas del muchacho, acurrucada entre sus fuertes brazos. Tenía ganas de decirle algo a su salvador, pero seguía desconcertada por el golpe.

El águila se detuvo frente al balcón de la princesa. “Ojalá nadie lo haya visto”, pensó Amara, aunque con semejante nevada, no se veía ni siquiera a dos pasos. Marionn bajó a la princesa con mucha delicadeza. Lo último que vio Amara antes de que el joven desapareciera entre la nieve fue su dulce sonrisa.

Eivor subió a la torre donde se hallaban los aposentos de la princesa. Golpeó fuerte la puerta de roble y al no oír respuesta sacó una pequeña llave de su bolsillo. Decidió corroborar la ausencia de la princesa antes de salir en su busca con semejante temporal. Entró en el dormitorio y vio un vestido totalmente mojado tirado en el suelo.

—Se que estas aquí Amara, sal de donde estés escondida—gritó.

Eivor conocía la existencia del taller secreto de su hermana y sospechaba que la entrada estaba en una de las paredes, protegida cuidadosamente con multitud de libros.

—Si quieres que salga, cierra los ojos y no hagas trampa—se oyó la voz de la princesa. Eivor obedeció y tras un sórdido ruido Amara apareció ante él. Tenía el cabello y los vestidos interiores chorreando y sus manos manchadas de pintura.

—¿Has estado en el Bosque del Millón de Años otra vez?—preguntó Eivor seriamente.

—Sí, pero prométeme que no le contarás nada a Padre— contestó Amara dándole un cariñoso abrazo a su hermano.

Sintió que su hermana estaba más alterada de lo normal.

El enfado del príncipe fue reemplazado por la curiosidad y ya alegre le preguntó:

—¿Has visto otro espíritu? ¿Lo has pintado? ¡Déjame ver!

—No puedo, querido hermano—negó la princesa —,sino ya no podré verlos. ¡Pero te prometo que algún día te lo enseñaré!—y continuó con un tono soñador:—Es un alma joven. Parece recién reclutada por la gran Reina que gobierna el bosque del Millón de Años. Su piel aún conserva la calidez de la vida y su rostro es el más bello que jamás he visto. Su sangre aún no se enfrió del todo y sus mejillas arden sonrojadas. Pero su cabello ya es blanco como le corresponde a laGuardiana del Invierno.

Los ojos de Amara se humedecían de emoción mientras hablaba con su hermano.

—¿Por qué no me dejas echar un vistazo?—insistió el príncipe.—Nadie se enterará.

Más de una vez se sintió tentado de invadir el estudio de su hermana, pero hacer tal cosa sería un acto deshonesto.

—La Reina del Bosque lo sabe todo y si yo puedo pasearme libremente por sus dominios es porque me concedió tal permiso. Desconozco porque me lo permite, pero no quiero defraudar su confianza, contando los secretos del bosque a sus espaldas, ya que ella ve en el fondo de nuestros corazones.

Así contestaba Amara a su impaciente hermano. A pesar de que los dos hermanos estaban muy unidos, la princesa no le contó el verdadero motivo de su exaltación. Obviamente estaba emocionada por haber encontrado al nuevo espíritu, pero se ruborizaba con el único pensamiento de confesarle que había estado en los brazos de un hombre y más aún, que se sentía la más afortunada por tal experiencia.

Eivor suspiró con tristeza y comunicó a su hermana la orden de aparecer inmediatamente al recibimiento de los mercaderes.

—Y arréglate un poco—añadió el príncipe antes de cerrar la puerta.

4. El sacrificio

La princesa se acomodó casi sin hacer ruido en su asiento y sonrió con la sonrisa más tierna e inocente a la severa mirada de su padre.

El banquete ya había comenzado. Los invitados hablaban animadamente, mientras los sirvientes rellenaban sus copas de vino y repartían bandejas con exquisitos platos entre las mesas. Los mercaderes sacaban de los baúles lujosas pieles del norte, joyas con piedras preciosas y delicada porcelana de tierras lejanas, recubierta de dibujos de flores, cerezos y grullas.

Uno de los mercaderes abrió el último baúl y sacó un tejido cuidadosamente envuelto. Todos los ojos presentes se clavaron en su misterioso color. La princesa se acercó corriendo al tejido y lo desenvolvió. No podía dejar de contemplar el precioso pigmento. Un color extraordinario. Sobrecogida por la emoción, Amara recordó las tonalidades de las plumas que lucían los pájaros más nobles del Bosque del Millón de Años. Recordó algunos atardeceres mágicos, cuando el sol escondido entre las montañas del horizonte iluminaba las pesadas nubes y todo el cielo se teñía con ese misterioso color, a medio camino entre el tono de las frambuesas más jugosas del bosque y el oscuro azul de los arándanos.

—¿Dónde fabrican este tejido?—exclamó la princesa.

—Hay una gran ciudad llamada Tadmír en el extremo más meridional del Reino. Una extensa cordillera bordea esta ciudad, sus cimas rozan el cielo y la nieve los reviste de un blanco manto. Desde el mar, unas gigantescas rocas cierran el paso a los barcos y unas siniestras criaturas lo custodian. Los muros de su fortaleza son casi de la misma altura que las montañas y su grosor es igual al de un roble de trescientos años. Su clima es favorable todo el año y viven de la abundante pesca de sus aguas y de los prósperos cultivos que producen sus campos. Su gente no conoce el frío ni la nieve; tampoco conocen Skifia ni al gran Radomir. Ahí, en sus costas, habitan unos moluscos que parecen haber caído de alguna de las estrellas por su aspecto tan extraño. De la coraza de esos seres marinos se obtiene el misterioso pigmento, denominado “Púrpura”. Su gente lo usa para teñir las ropas de los aristócratas de la ciudad,—contestaba el mercader.

Radomir escuchó con atención el relato y mandó traer el mapa de su reino. Colocaron el mapa a los pies del Rey y vieron que no aparecía Tadmír entre sus dominios. Ni siquiera aparecía la extensión de Tierra donde ésta se hallaba, sino que la Tierra finalizaba en la cordillera de los picos blancos. No había nada al otro lado en el mapa, ya que ningún explorador del Reino llegó tan lejos.

—Padre, necesito este pigmento—suplicó la princesa sin soltar el tejido.

Radomir se frotó su frondosa barba negra y tras una breve pausa ordenó acercarse al comandante de la guardia real:

—Reúne a cinco hombres: tres de armas y dos mensajeros y lleva un mensaje real a Tadmír. *“Que el gobernante de la ciudad junto con los miembros de las familias más nobles acudan al castillo de Skifia y que cada visitante traiga un frasco de misterioso pigmento “púrpura” para la princesa.”*

Así dictaminó Radomir y el comandante marchó a organizar el viaje. El banquete llegaba a su fin, los invitados saciados y contentos se despedían de la familia real y los mercaderes guardaban en los baúles los restos de su mercancía.

En ese instante, tras los gruesos muros del castillo se oyeron los relinchos de los salvajes corceles. Eran los comerciantes de caballos que habían esperado que amainase la tormenta para conducir sus animales al castillo. El príncipe, amante de los caballos, salió corriendo a su encuentro, olvidándose de todo tipo de protocolo.

El recuerdo de su caballo caído hirió a Amara como una flecha ardiente en el corazón. ¿Qué sería de él? Horrorizada por tal despiste, la princesa fue tras su hermano para pedirle ayuda.

Cuando el rey envió a Itzar a buscarles, éste regresó con malas noticias. Los dos habían desaparecido. Radomir juró castigar a sus hijos por la falta de seriedad que mostraron con los invitados. Despidió a los mercaderes, ofreciéndoles estancias para descansar antes de partir y pagó en oro por sus mercancías.

En general, Radomir quedó contento tras adquirir varios mantos de pieles decorados con piedras preciosas y un perfume muy varonil con esencia de oso y romero. También compró un corcel negro con cascos plateados para su hijo y unos pinceles y pinturas para su hija.

Adquirió una bola de cristal para el mago Itzar y unas escobas mecánicas para sus sirvientas. Todos quedaron contentos, excepto el propio rey, apesadumbrado por la ciudad Tadmír que no conoce ni el frío, ni Skifia ni al gran Radomir.

Cuando Amara y Eivor llegaron al sitio donde había caído su caballo, ya era demasiado tarde. La criatura tenía una pierna rota y murió congelada, incapaz de avanzar por la fuerte nevada y el dolor. Amara le dio el último abrazo al animal que tan fielmente le había servido durante muchos años y lloró su muerte.

Al llegar al castillo, Eivor ordenó a sus sirvientes enterrar a la pobre criatura y subió al cuarto de su hermana para hablar seriamente con ella.

—Es obvio que ocultas algo, deberías contármelo—dijo el príncipe con tono exigente.

Atormentada por la culpa, la princesa relató lo ocurrido sin obviar mínimo detalle. Eivor la escuchó atentamente y trató de consolarla, aunque no sabía qué palabras usar en este caso.

—¡¡¡Marionn!!!—el grito de Madre de los Espíritus retumbó con poderoso eco, arrasando el bosque y aterrizando a todos sus habitantes. Como si estuvieran poseídos, corrían por la nieve, saltaban de rama en rama, escalaban los troncos, hasta esconderse cada uno en su refugio. Los árboles agitaban las ramas y algunos, incluso, las raíces. Toda forma de vida temblaba de miedo ante la ira de la Reina.

Cabizbajo y avergonzado, apareció el Guardián de las Águilas ante su ama. El bosque respiraba entrecortado.

—¿Conoces las consecuencias de tus artimañas?—preguntó acercándose lentamente. Toda su presencia, tan amenazante e imponente, aterraba al joven.

—Convenciste a la Guardiana del Invierno para atraer las nubes tormentosas y luego abatiste al caballo de la princesa con una de tus águilas. ¡¡¡Y ahora está muerto!!! Le arrancaste una vida a la Tierra.

—Pero los hombres siempre matan—trató de justificarse Marionn.

—Los hombres están endeudados eternamente con la Tierra — bramó, con tanta ira en la voz que las ramas más cercanas se retorcieron. — ¡Nosotros no! ¡Y ahora estamos en deuda de sangre por tus caprichos y jugueteos!

—No, mi reina. No son caprichos, amo de verdad a la princesa Amara—respondió el muchacho armándose de valor.

—Demuéstrame entonces, Marionn. Asume la responsabilidad de tus actos y paga la deuda de sangre con sangre. Así sabré que son serias tus intenciones. Si no estás dispuesto, retrocede y deja que yo misma ajuste las cuentas, pero no verás más a la princesa. Quiero un sacrificio digno que de validez a tu palabra.

Marionn se estremeció al oír la sentencia de la Reina. Durante algunos segundos, una fina lágrima se deslizó por su mejilla. Había tomado una decisión. Silbó y una hermosa águila aterrizó junto a los pies de su guardián. Marionn se acercó y miró por última vez

en el abismo de sus ojos. En aquel instante, justo antes de clavarle un puñal en el corazón, vio su propio reflejo en la mirada frágil del magnífico animal. La Reina atrapó en el aire su último aliento, convirtiéndola en una esfera de luz con los recuerdos del pájaro. Saarg Khan, la hembra más joven del grupo, preferida de Marionn, cayó inerte a la nieve. Un aplastante silencio se hizo en el bosque. El aire se volvió pesado y como un solo ser, cada espíritu se sumió en una envolvente tristeza. La Madre de lo Espíritus anunció luto en el bosque y aquella noche se celebró un solemne funeral.

5. La visita al reino de los espíritus

Pasaron siete días y las nubes enormes y condensadas ya no tenían suficiente espacio en el cielo. Se codeaban una con la otra causando tormentas, se peleaban, lloraban y a veces tenían que bajar a la Tierra por falta de espacio.

La princesa volvía del bosque entusiasmada y triste al mismo tiempo. Todos los días venía al hogar de los espíritus en busca del sentir. A pesar del lúgubre paisaje invernal, la magia del bosque continuaba respirando, invisible para los ojos, pero accesible para aquellos que pueden ver con el corazón. Pasó otro día vagando entre los adormecidos árboles, con la esperanza de ver aquel par de preciosos ojos ámbar, observándola desde alguna rama escondida. Marionn no aparecía y nada señalaba su presencia.

Un extenso río bordeaba el bosque. Había un puente que unía el hogar de los hombres con el hogar de los espíritus, reservado para los reyes que alguna vez entraban en el bosque por asuntos reales. Amara respetaba el puente real y usaba una pequeña balsa para cruzar el río.

Remaba con gran dificultad a causa del frío, que había entumecido sus manos. Aquella tarde no vio a su adorado Marionn, sin embargo tuvo la suerte de cruzarse con la Guardiana del Invierno. Sus dedos se congelaron mientras bosquejaba apresuradamente los rasgos de la muchacha. Era el espíritu más joven del bosque, con una silueta más esbelta que la de la propia princesa, unos ojos enormes, transparentes y fríos como un cristal roto en miles de pedazos y congelado en una gota de agua. Su piel era más blanca que el mármol y sus cabellos deslumbraban con el brillo estelar. Pisaba descalza por la nieve y sus pequeños pies pálidos no dejaban huella ni se hundían. Miles de copos de nieve cristalinos conformaban su vestido y su belleza se podía comparar con la de la propia Amara, conocida en el Reino como la princesa más bella de la historia del Imperio.

Llegó Amara al castillo casi al anochecer. Sacó los bocetos que resguardaba a salvo de la neblina entre sus ropas y se dirigió a sus aposentos, pero se detuvo frente a la entrada del gran salón. Su padre con semblante sombrío estaba sentado en la mesa de conversaciones serias, rodeado de sus consejeros.

La princesa entró cautelosa y tras varios minutos averiguó la causa de la incontrolable furia del rey. La respuesta de la independiente ciudad de Tadmír había sido: *Yo, el Gobernante de Tadmír, junto con los miembros de las familias más nobles, enviamos al Rey Radomir de Skifia nuestros respetos. Nuestra ciudad no le debe servidumbre a ningún imperio ni reconoce otro poder excepto el propio. Agradecemos la invitación, pero no viajaremos a las tierras frías y en señal de paz invitamos al rey Radomir a visitar nuestra ciudad y adjuntamos frutos que sólo nuestras tierras producen. Los moluscos esta temporada no produjeron pigmento "púrpura" para comerciar, apenas bastó para abastecer la corte, tal vez la temporada próxima."*

La respuesta de Tadmír era equivalente a una bofetada para el gran Radomir y para su nombre.

—¿Cómo se atreven a proclamar otro rey y a ignorar una orden real?—bramó severo.

Al finalizar el consejo, Radomir dictó una nueva carta al escribano, amenazando con ir a la guerra contra Tadmír en el caso de que se negaran a cumplir su voluntad. Por cortesía adjuntó copias de documentos que demostraban su derecho al reino de la Tierra, su árbol genealógico y las historias de sus batallas. Envío a los mismos mensajeros con la orden de entregar el mensaje antes de la tercera noche.

Amara se indignó ante la desobediencia de los engreídos habitantes de Tadmír, que tenían su ciudad en las tierras de su padre, pero se negaban a reconocerlo.

La respuesta no se hizo esperar y fue todavía más osada que la anterior.

“Yo, el Gobernante de Tadmír, junto con los miembros de las familias más nobles, enviamos al Rey Radomir de Skifia nuestros respetos. Nosotros no tenemos enemigos y no nos interesan los asuntos reales de su Imperio. Somos una ciudad independiente y pacífica y no le debemos servidumbre ni fidelidad a ningún Imperio. Defenderemos ferozmente lo que es nuestro.”

La decisión final fue tomada. Radomir iba a la guerra contra Tadmír. Todos correteaban ocupados con los preparativos de la guerra. Los herreros labraban el hierro para fabricar armamento. Los mozos de cuadra preparaban los caballos para el combate. Los agricultores organizaban las provisiones para la partida. Los soldados afilaban sus espadas, exaltados por la llegada de la guerra, como si de un festín se tratase en vez de la muerte. El más emocionado, el joven príncipe Eivor, había sacado brillo a su armadura, peinado las plumas de su casco, afilado su espada y mandado confeccionar un manto con las insignias reales para su caballo.

Cuál fue su frustración cuando Radomir le comunicó su decisión: Eivor no iba a la guerra, sino que se haría cargo del reino en su ausencia.

La rabia se apoderó del príncipe — pateó todos los muebles de su cuarto y destrozó su armadura. En la noche un fuerte pesar le invadió y lloró desconsoladamente como un niño, mientras nadie le veía.

Radomir estaba seguro de su poder y de la fuerza de su implacable ejército. Aun así muy secretamente le asustaban las siniestras criaturas que protegían a los habitantes de Tadmír. Todos los reyes de Skifia habían aprendido que las armas del hombre contra las armas de la magia son inservibles.

Sus espías le advertían de que aquellas criaturas escupían fuego y olían la sangre humana a grandes distancias. ¿Qué mano inmortal habría diseñado tales bestias?

Al amanecer, antes de partir hacia el enemigo, Radomir cabalgó hasta la llanura sagrada del Bosque del Millón de Años. Solo el rey de Skifia tenía derecho a cruzar los dominios de los espíritus. Se paró en el medio y bramó con su poderosa voz:

—Gran Reina del Bosque del Millón de Años, Madre de los Espíritus y Dueña de las Almas. Las criaturas más salvajes te sirven con lealtad, las nieves y el hielo se subyugan a tus caprichos, las tormentas más feroces te tienen miedo, el viento canta tu nombre y los árboles más viejos te honran. Soy Radomir. Acude a mi llamada.

Los centenarios árboles agitaron sus ramas, espantando a los pájaros. Traían a la Reina mientras todas las criaturas le abrían paso con una reverencia.

Tendida en las ramas recubiertas de nieve se presentó ante el rey la Madre de los Espíritus.

Una corona de cristales mágicos decoraba su cabeza, y las estrellas caídas adornaban su negro cabello. Su rostro de rasgos imponentes era de excepcional belleza.

Las ramas bajaron a su reina a la altura de Radomir y ésta le saludó con una sutil reverencia.

—Sabes lo que vengo a buscar a tus dominios. Mi reino se enfrenta a una terrible amenaza. Fuerzas tenebrosas y desconocidas por el hombre le acompañan. Fuerzas que sólo una mano igual de tenebrosa puede combatir. Pelea entonces a mi lado en esta batalla, marcha conmigo hacia la ciudad de Tadmír.

La mujer se rió con una maléfica carcajada y todos los pájaros y bestias salvajes repitieron su risa provocando un eco ensordecedor.

—Le debo mi palabra a los primeros hombres y le debo mi protección a un pueblo que sufre de hambre y maldad. Así se acordó en los cielos. Pero no está hambrienta tu gente, gran Radomir, está hambrienta tu espada de sangre fresca y está hambriento tu ego de nuevas alabanzas. Está hambriento tu fiel corcel por crujiir los huesos del enemigo y tu desmesurado orgullo se ve dañado por cualquier simpleza. Y si falso es mi

juicio, acéptame este regalo y anda en paz. La ciudad de Tadmír no representa amenaza alguna para tu reinado.

La dueña del bosque estiró su esbelta mano y al abrir los dedos, un misterioso polvo cayó a la nieve, tiñéndola de color púrpura.

Radomír apretó los dientes de la rabia y un desgarrador grito se escapó de su pecho. Arremetió con fuerza a su corcel y se dirigió a galope hacia el castillo.

La carcajada de la Reina acompañaba su regreso, retumbando en cada célula viva del bosque, exaltando frenéticamente a todos sus habitantes.

6. El príncipe se enamora

Eivor contempló su reflejo. La tensión de la guerra aún no había causado estragos en su bello rostro.

Por primera vez en su vida había lamentado ser el príncipe heredero. Tenía que ocupar el puesto de su padre y dirigir los asuntos del reino. Pasaba los sombríos días de invierno sentado en el trono de un palacio fantasmagórico, ya que todos los que eran capaces de manejar un arma se fueron a la guerra contra Tadmír. No sería Eivor quien condujera fieramente a sus hombres contra el enemigo, ni quien derribaría decenas de hombres con su puño, ni clavaría lanzas en el corazón de las bestias que escupen fuego. No sería Eivor quien traería la victoria a su reino, ni sería el príncipe heredero protagonista de las leyendas y canciones sobre heroísmo y valor; sino que serían sus amigos, los hijos de los nobles, e incluso sus sirvientes.

Tan solo podía vivir el fragor de la guerra a través de la correspondencia que mantenía con Itzar desde el campo de batalla. Las noticias de Tadmír eran cada más desalentadoras. Los hombres estaban cansados de asaltar unos muros impenetrables, agotados por reparar a diario las tiendas quemadas por las bestias e irritados por luchar contra un enemigo invisible, ya que los habitantes de Tadmír, concedores de su tierra, atacaban de noche. Cada amanecer, los barcos de Skifia zarpaban cargados de alimentos y ropajes para abastecer las tropas. Las provisiones para el invierno de todo el reino se estaban agotando y ya no quedaban ni caballos ni ganado.

La derrota era solo cuestión de tiempo, y todos respiraban un pesado aire contaminado por la devastación que causaba la guerra.

Amara vagaba apenada por el castillo y su único consuelo era escaparse al bosque para retratar a sus habitantes.

—Tengo que hacer algo—pronunció Eivor irritado y rompió en pedazos la última carta de Itzar.

El mago contaba que, durante la noche, los hombres lograron abatir a una de las siniestras criaturas, y que ésta, se llevó consigo a la muerte a más de cien almas.

—No puedes hacer nada—contestó Amara.

Estaban tomando té caliente. No había casi leña y el castillo permanecía helado.

—Sí, hay algo que puedo hacer. Voy a pedir a la Reina del Bosque que nos ayude.

—Ya lo hizo Padre y la Reina se negó.

Eivor montó en cólera.

—¿Cómo pudo darle la espalda a su Rey cuando juró lealtad a su sangre?—gritó el príncipe golpeando la mesa con los puños—.Entrégame los retratos. Haré que mis hombres apresen a cada uno de sus guardianes y los torturaré hasta que la Reina cumpla mi voluntad.

Asustada por el impetuoso temperamento de su hermano y por sus terribles amenazas, Amara rompió a llorar.

—Todo esto es culpa mía. Aprésame a mí entonces y lánzame a los calabozos, si buscas castigar al culpable de esta guerra,—decía la princesa mientras las lágrimas inundaban sus mejillas—,pero no empuñes tu espada contra el bosque sagrado y sus guardianes, ya que ninguna culpa tienen y en un enfrentamiento así, todo perecerá.

Pero Eivor ya no la oía. Subió al cuarto de su hermana y destrozó todas las estanterías hasta encontrar la entrada al estudio secreto.

Su furia se aplacó con la maravillosa visión de las pinturas. Todos los guardianes eran increíblemente bellos y estaban adornados con atributos de aquellos elementos de la naturaleza por los cuales velaban. Y todos los retratos eran preciosos, pero uno en

especial conquistó el corazón del joven príncipe. No podía dejar de contemplarlo y en ocasiones sentía que la joven retratada le devolvía la mirada.

El príncipe se apropió del retrato y se lo llevó a su cuarto para estudiarlo mejor. En el cuadro robado de Amara, el bello espíritu femenino estaba de pie en la orilla del río que separaba el bosque del Millón de Años de las habitables tierras de Skifia.

Era el único retrato pintado en las afueras del temido bosque y el príncipe suspiró aliviado. Seguramente se trataba de laGuardiana del Invierno, curiosa todavía por la vida de los hombres. El corazón de Eivor se llenó de ternura y por un instante sintió una gran alegría. Mientras sostenía aquel retrato entre los dedos, soñaba con una plácida vida en alguna parte del frío paisaje de la pintura. Las visiones oníricas calmaron al príncipe sumiéndolo en un profundo sueño.

Al despertar, las visiones se disiparon y un malvado plan se concibió en su imaginación. Después del desayuno, Eivor ordenó al carpintero oficial de la corte construir una pequeña balsa. No tenía la certeza del éxito de su plan, aun así, debía apresurarse. Su padre no resistiría por mucho la guerra contra Tadmír, y los días de invierno eran cortos. Antes de partir, se engalanó con sus atuendos de príncipe, guardó el retrato y salió a caballo del castillo. Tenía miedo de adentrarse solo en el bosque del Millón de Años por lo que siguió el camino del río que bordeaba el bosque, ocultándose en la sombra de los árboles.

Eivor miraba continuamente la pintura robada, buscando coincidencias con el paisaje por el que discurría. Hasta que de repente frenó su caballo. Contempló una esbelta silueta de una joven, oscurecida por el crepúsculo. Consultó el retrato y se alegró. La joven estaba parada exactamente igual, contemplando los alejados contornos del castillo y los tejados de la ciudad.

Su cabello era plateado como en el retrato, su ligero vestido, tejido con copos de nieve, y sus blancos pies descalzos no se hundían ni dejaban huella. “Es ella” pensó Eivor emocionado por encontrar al Espíritu del Invierno. Frotó sus congeladas manos, tratando de entrar en calor y se dirigió de vuelta al castillo. Por el camino seguía dándole forma a su astuto plan.

Al día siguiente Eivor regresó al mismo sitio, remando la cuidadosa balsa que diseñó y construyó el carpintero. El débil sol aún alumbraba la tierra con una tenue luz rosada. Nada perturbaba la somnolienta naturaleza del bosque invernal. De vez en cuando se oía un esporádico gorjeo de algún cuervo que afilaba las cuerdas vocales o un ocasional aullido de algún lobo hambriento.

El príncipe heredero se sentía nervioso al tantear el terreno del mundo de la magia. Creía saber todo lo necesario a través de los relatos de su hermana, aun así, se sentía confuso y desorientado.

Divisó la silueta de la joven y remó cautelosamente en su dirección. Cuando la balsa tocó la orilla se sobrecogió al descubrir de frente la belleza de la muchacha. Era todavía más hermosa en persona que en el retrato.

La joven se desconcertó al ver al príncipe y dio un paso atrás.

—No me temas,Guardiana del Invierno—habló Eivor y saludó a la muchacha con una reverencia.

—No deberías hablarme, si sabes quien soy, y ¿cómo puedes saberlo? Sólo el rey de Skifia puede dirigir la palabra a las almas del bosque.

—Yo soy el príncipe heredero de Skifia, defensor del reino ante la ausencia de mi padre. La joven pareció aliviada y guardó silencio pensativa. Sus gélidos ojos observaban con curiosidad al príncipe.

—¿Quieres que te ayude a cruzar al otro lado? Prometo devolverte en cuanto milady lo desee.

La joven asintió y Eivor acercó la balsa. Nunca antes había visto un guardián, tan solo oía historias sobre sus interacciones con el mundo de los humanos. Todas las fuentes coincidían en que los guardianes se asemejaban a los hombres, pero ninguno mencionaba su hipnotizador magnetismo. Eivor ofreció su mano a la joven y la muchacha subió cuidadosamente a la balsa.

—Yo me llamo Eivor. ¿Y tú?—preguntó el príncipe, mientras remaba en dirección a la ciudad. La timidez de la joven le envalentonaba.

—No recuerdo mi antiguo nombre. Ahora me llamo Majtsibille-djara. Es el nombre que la Madre leyó en mi columna vertebral — el nombre que nos dan las estrellas al nacer. ¿Sabes cuál es el tuyo?

Eivor recordó las historias de Amara sobre el origen de los guardianes. La Reina despojaba de la memoria a las almas que reclutaba a su servicio. Recuperaba sus nombres celestiales y descubría la predilección más íntima de cada uno, en función de la cual elegía la especie animal o elemento que debían amparar.

—¿Y no te gustaría descubrir tu nombre de humana? Si quieres puedo averiguarlo.

—No—negó la joven sin titubear, y tras una breve pausa preguntó—¿Y a ti te gustaría descubrir tu nombre celestial? Si quieres puedo preguntárselo a la Madre.

—No—cortó Eivor disimulando una mueca de susto.

Eivor remaba sin prisa. Observaba de reojo a la joven, cautivado por su belleza. Sintió que toda una vida no sería suficiente para saciar su mirada con la hermosura de la muchacha. Su abundante cabello plateado destacaba la blancura de su rostro y en sus oscuros ojos se reflejaban las cristalinas aguas del río.

—¿Puedo llamarte Sibille?—preguntó el príncipe.

La joven asintió y una tímida sonrisa se arrancó de sus labios.

Algo ardió en el pecho del príncipe, como un fuego cuyas llamas alcanzaban cada rincón de su ser. Con todas sus fuerzas trataba de sofocar aquel ardor. Continuaba remando con calma y tan solo un parpadeante brillo en sus ojos delataba aquel fuego. El príncipe no conocía esa sensación, pero en el mundo la llaman amor.

7. Flores para Sibille

Cuando alcanzaron la orilla, Eivor ayudó a bajarse a su dama y ató la balsa a un árbol. Se acercaron a las primeras casas, pero permanecieron en la sombra de un viejo roble, desnudo, con las ramas caídas por el peso de la nieve.

Sibille observaba con una gran inquietud las siluetas de las personas que se desplazaban lentamente por las calles, cada uno con su rutina.

Eivor no sabía cuánto tiempo había transcurrido. El sol, agotado por luchar contra las impenetrables nubes de invierno, se fue a descansar. La Luna, pálida como una ostra, ocupó su lugar en un cielo aún claro por los últimos destellos del día. Las ventanas de la ciudad se encendieron con luces amarillas y las chimeneas empezaron a expulsar humo. —Tenemos que volver, milady.

Regresaron en silencio. La noche se presentaba calmada. Ni una ráfaga del viento ni el crujir de una rama molestaban el sueño del bosque. Tan sólo se oía el sonido del remo deslizándose por el agua y los acelerados latidos del corazón del príncipe.

Sibille parecía apesadumbrada, pero contenta a la vez. Seguía clavando su intensa mirada en el príncipe de vez en cuando.

Su despedida fue breve. La joven agradeció al príncipe por llevarla a conocer la ciudad y desapareció entre las sombras del bosque.

Eivor ató la balsa bajo el puente real y regresó al castillo casi instintivamente, confiando el camino a su caballo. Llamó a su más fiel sirviente y le entregó el retrato.

—Quiero que encuentres a la familia de esta chica. Busca entre los familiares de jóvenes fallecidas o desaparecidas recientemente. Probablemente en el área cercana al templo.

El sirviente guardó el retrato y se retiró sigilosamente.

Eivor no pudo dormir aquella noche. Cada vez que el sueño se apoderaba de él, aparecía Sibille, con sus enormes ojos del color del mar nocturno con el cielo estrellado reflejado en sus aguas. Estiraba su bella mano hacia él y caía en sus brazos.

Al atardecer del día siguiente, el príncipe regresó con una sorpresa para Sibille. Encontró a la joven ilusionada y con un ligero sonrojo que su pálida piel no pudo ocultar. Saltó dentro de la balsa con la destreza de una grulla que camina sobre hielo y saludó muy alegre al bello príncipe.

Cuando bajaron de la balsa, Eivor desenvolvió una larga capa con capucha y se la puso en los hombros. Luego sacó unos hermosos zapatos decorados con piedras preciosas y calzó los pequeños pies de la Guardiana, gélidos como el mismo hielo. De hecho, el príncipe heredero descuidó todos los asuntos reales y dedicó medio día a la búsqueda de los zapatos dignos de la belleza de Sibille.

—Agradezco tus regalos, pero no los necesito.

—Allá donde vamos los necesitarás—dijo Eivor esbozando una sonrisa.

El príncipe se dio cuenta del inmenso interés que sentía la joven Guardiana del Invierno por la vida mundana. Decidió llevarla a la ciudad y tuvo que ocultar su aspecto para no levantar sospechas entre los habitantes.

—¿Por qué eres príncipe?—preguntó Sibille mientras caminaban hacia la ciudad.

—Porque así nací.

—¿Y qué serías si no fueras príncipe?

Eivor se quedó pensativo. Nunca nadie le había hecho esa pregunta y no tenía ni idea de que responder.

—Sería guerrero profesional—contestó tras una larga pausa.

La tarde transcurrió deprisa. Eivor llevó a Sibille a la capilla más alta de la ciudad, desde dónde tenían una amplia vista de las calles. La muchacha clavaba su ambiciosa mirada en el rostro de cada hombre y mujer que pasaban cerca del templo.

Eivor advirtió que su joven acompañante aún tenía la llama de la vida humana ardiendo en su corazón y probablemente buscaba a sus familiares.

Por la noche, cuando el príncipe llegó al castillo, su fiel sirviente le esperaba con unos documentos sellados en la mano.

—Aquí está todo lo que mi señor me ha pedido—pronunció en voz baja.

Entregó los documentos junto al retrato cuidadosamente envuelto en una tela y se retiró.

—Quema este sobre y jamás vuelvas al bosque, hermano. Te he visto hoy en el mercado, mientras compraba y creo comprender tus intenciones — la voz de Amara sonaba temblorosa, pero firme.

Había llegado con antelación a los aposentos de su hermano y permaneció en la penumbra, donde no llegaban las débiles llamas procedentes de la chimenea.

—¿Y cuáles son esas intenciones según tú?—pronunció Eivor y lentamente arrancó el sello de los documentos.

—Detente—volvió a insistir Amara—,pretendes robarle un espíritu a la Reina del Bosque y si no te detienes, me veré obligada a contárselo a Padre.

El príncipe se sentía ofuscado. Los pensamientos en su mente contradecían los sentimientos de su corazón. Sus dedos ya acariciaban el ansiado objeto, pero sabía que el conflicto con su hermana podría arruinar todos sus planes. Aspiró profundamente y lanzó los documentos al fuego.

—Esta bien. No lo haré.

—¿Me lo prometes?

—Sí. Márchate a dormir, ya es tarde.

Amara dejó los aposentos de su hermano aliviada, aunque una pequeña parte de su ser se revolvía inquieta, y una escalofriante sensación de que algo malo estaba a punto de suceder le oprimía el pecho. Y no era un presentimiento vano. Al cerrarse la puerta tras ella, Eivor rescató lo que pudo del fuego.

Todos los días, el príncipe acudía a la cita con su adorada Sibille. Salía al amanecer, asegurándose de que nadie le viera.

Le gustaba caminar por la ciudad con su joven amada. Cuando hacía demasiado frío, Sibille apartaba las nevadas del camino del príncipe y cuando la capa de nieve llegaba a las rodillas derretía los copos para que no se mojaran sus botas. Un día Eivor consiguió flores frescas y le entregó un ramo. Cuál fue su emoción al descubrir semejante creación de la naturaleza. Aquellas flores eran algo que, debido a su condición de Guardianas del Invierno, nunca habría podido conocer.

—¿Por qué están tan tristes las personas de tu reino?—preguntó Sibille mientras regresaban del pueblo.

—Porque estamos en guerra.

Para su asombro, Sibille no conocía la palabra “guerra” y cuando Eivor le explicó lo que significaba, la muchacha rompió a llorar y desapareció en la profundidad del bosque con la rapidez de una brisa.

—Prométeme que tú no iras a la guerra—dijo antes de desvanecerse en la oscuridad.

8. Las estrellas brillan por Marionn

Marionn aterrizó ruidosamente sobre la llanura sagrada. En el centro de la misma se alzaba la Reina del Bosque, con las manos estiradas y los ojos en blanco. Estaba observando la guerra. Al sentir la llegada de Marionn, salió de su trance y se tambaleó. El joven guardián corrió a coger su ama antes de que ésta cayera a la nieve. Las ramas se alejaron refunfuñando. La Reina se recuperó y se puso de pie.

—La guerra—, exclamó malhumorada,—devora todas mis fuerzas. Apenas puedo mantener bajo tierra a los demonios que despierta.

Se quitó la corona y se la entregó a una ardilla para que sacara brillo a los cristales mágicos.

—Mi amada reina. He venido a pedirte nuevamente por mi corazón. Hice el sacrificio que me exigiste pero aún no le quitaste la princesa a los hombres —hablaba el guardián cabizbajo, consciente de la osadía de su petición.

—Marionn, corren tiempos difíciles y no podemos enfrentarnos a los humanos, quitándoles lo que es suyo a nuestro antojo. Pero esperemos a que ellos mismos nos entreguen lo que queremos.

La Reina se dejó caer sobre las ramas y éstas se alinearon en forma de cuna y balancearon cuidadosamente a su ama.

—Ellos nunca nos la entregarán por su cuenta,—insistió Marionn.

Era obvio que había elegido un mal momento para conversar. Su ama estaba agotada e irritada. Aún así, el joven guardián decidió arriesgarse. No veía opciones de que la princesa Amara pudiera estar con él mientras la Reina del Bosque siguiera absorta en la guerra.

—No afirmemos lo que no sabemos. Los hombres eligen su destino y sus decisiones pueden favorecernos. Anda en paz, Marionn. Algo me dice que las estrellas se alinearán a tu favor.

Radomir cayó del caballo. Una lanza perforó su armadura y se clavó justo por debajo de su corazón. Recuperó la consciencia y abrió los ojos. El cielo, de un azul cerúleo, se presentaba despejado a su vista y las primeras estrellas ya parpadeaban dibujando constelaciones. El cielo seguía cubriendo la tierra, ajeno a la feroz masacre bajo su dominio. De repente la visión de un bello rostro se materializó ante sus ojos. Ahí estaba la Reina del Bosque, observando al rey caído con sus abismales ojos oscuros. Radomir intentó estirar la mano para disipar la visión que su mente agonizante estaba reproduciendo, pero no tuvo fuerzas. Entonces la bella mujer estiró su esbelto brazo y acarició el rostro de Radomir.

—No temas, gran Rey, he venido para cumplir la voluntad de tu corazón.

Radomir se sobresaltó. Quiso hablarle, pero la sangrante herida le impidió articular palabra.

—Haré que venzas a tu enemigo, pero a cambio me llevaré a tu hija Amara. O —, hizo una larga pausa y prosiguió: — retrocederé el tiempo al momento en que llegaron los mercaderes a tu reino para que tengas una nueva oportunidad de forjar tu destino.

Radomir cerró los ojos y rezó para que hablará más fuerte el amor que el orgullo. No podía contestar y no hacía falta. Todos los reyes y reinas sabían que la Dueña de las Almas podía ver en el fondo de los corazones. Cuando abrió los ojos, vio como llegaban sus hombres para llevárselo del campo de la batalla. La madre de las almas se había desvanecido y la incipiente y delgada luna le saludaba con una sonrisa.

El amanecer del siguiente día trajo malas noticias al castillo.

“El gran rey Radomir está gravemente herido, ya no comanda las tropas contra el enemigo, sino que es su joven y valiente sobrino quien avanza a la cabeza del ejército skifo.”

La esperanza se extendió como las alas de una mariposa y murió al instante quemada por el fuego de la ira. Cuando el príncipe leyó sobre la herida de su padre, ya se imaginó cabalgando a su feroz corcel hacia las tropas enemigas, clavando lanzas en sus corazones y derrumbando sus muros. Y cuál fue su cólera cuando a continuación de la carta decía que será otro quien ocupe su lugar. “Si mi padre está herido, debería regresar y cederme el honor que es mío por derecho de sangre”, exclamó para sus adentros.

El dolor y la rabia cegaron a Eivor. Y en ese momento de oscuridad, recordó su maquiavélico plan. Aquel que olvidó por completo.

Se dirigió hacia la puerta, pero de repente Amara le cerró el camino.

—Me lo prometiste, hermano — dijo enfadada.

Sus labios temblaban de indignación y todo su semblante estaba tenso como las cuerdas de un violín. Amara sufría. Se sentía culpable de las desgracias del reino. Todo se ocasionó por su capricho.

—No quiero discutir contigo, hermana. Tengo prisa, así que apártate de mi camino.

—¿Entonces no lo niegas? ¿Cuándo te volviste tan arrogante y despiadado?—insistió Amara, su voz sonaba desesperada —.No dejaré que lleves a cabo tu malvado plan.

—Te prometí que no le robaría ningún espíritu a la madre de las almas y no lo haré.

—Entonces algo más cruel has tramado en tu mente — exclamó Amara y se dirigió al despacho del escribano —.Tengo que avisar a padre.

—¡Guardia! Encierren a mi hermana en la torre y que se quede ahí hasta mi regreso — gritó Eivor saliendo del castillo.

Estaba harto de que los demás le dieran órdenes. A partir de ahora iba a hacer lo que él quería.

Remaba deprisa y al llegar al sitio de la cita, divisó la silueta cubierta con su capa y la capucha. Cuando la mujer se dio la vuelta, el príncipe se sobrecogió del susto. No era Sibille, sino una extraña dama con ojos punzantes como dos espadas, de rasgos imponentes y de una excepcional belleza.

—¡Hola, príncipe heredero! Llevas tanto tiempo viniendo a mi bosque y no te has dignado a saludarme, así que he decidido hacerlo yo — su voz sonaba suave e inquietante.

Eivor dedujo que estaba ante la Reina del Bosque.

Dos cuervos con ojos fosforescentes se posaron en sus hombros y un enorme oso negro arrimó el hocico a su mano como un gatito necesitado de cariño. Miles de ojos vigilaban la escena desde la oscuridad del bosque.

—No te tengo miedo—dijo el príncipe tragando saliva.

—No pretendo asustarte, príncipe Eivor. Estoy aquí para ofrecerte un trato.

—No debería tratar contigo, ya que rompiste tu palabra con los hombres.

—Este trato te concierne a ti personalmente. Se lo que vienes a buscar a mi bosque y porque causas alboroto entre su armonía. Los latidos de tu ardiente corazón enamorado los pueden escuchar hasta los lobos más viejos y sordos. Pero también tu corazón conoce la oscuridad y tu orgullo desea venganza.

—Entrégamela. Tú le juraste lealtad a mi sangre.

—Te entregaré a tu amada, príncipe Eivor. Devolveré a la Guardiana del Invierno al mundo de los vivos. En tres días y tres noches se convertirá la nieve de sus venas en cálida sangre humana. Sus ojos de cristal se humedecerán y se volverán azules. Su piel

de fría porcelana se convertirá en seda tersa y por su boca respirará el aliento de la vida. Antes de que muera el sol del tercer día, júrale amor eterno y llévala a los brazos de su madre y que ésta le de leche. Entonces será tuya.

—¡Espera!—gritó Eivor.

Pero las gigantescas ramas acolchonadas con nieve ya habían recogido a su reina y se la llevaron con tremendos crujidos en el interior del bosque mientras todas las bestias seguían su paso.

El príncipe corrió lo más rápido que pudo. Encontró a Sibille deambulando por el mercado, rodeada por unos niños curiosos que advirtieron su aspecto extraño y poco humano.

—Aquí cerca vive mi madre, lo presiento—musitó Sibille con la mirada ausente.

—Yo se dónde vive tu madre y te llevaré con ella. También te haré mi esposa, serás mi princesa y viviremos juntos en el castillo—pronunció Eivor mientras apretaba las gélidas manos de la joven contra su pecho.

El rostro de la muchacha se iluminó y una amplia sonrisa apareció en sus labios.

—Pero antes necesito tu ayuda, mi amada Sibille.

—Haré todo lo que esté en mi mano, mi amado príncipe—contestó la joven, mientras sus ojos se cubrían de lágrimas de felicidad.

—Entonces, tenemos que irnos ahora mismo.

9. Canción del amor y de la guerra

El príncipe cabalgó con su amada día y noche. Cuando ya se agotaban las fuerzas del corcel, la Guardiania del Invierno ordenaba nevadas que relanzaban su galopada. Cuando parecían perderse en el bosque, el Espíritu del Viento les mostraba la dirección. Cuando la noche cubrió de oscuridad el bosque, el Guardián de los Búhos ordenaba a sus súbditos que alumbraran el camino con miles de ojos.

Al segundo día lograron atravesar las colinas que rodeaban la ciudad de Tadmír y alcanzaron el último pico nevado de la cordillera. Allí se presentó ante sus ojos un lamentable paisaje, devastado por la guerra. Cientos de cuerpos de muertos y heridos cubrían los campos. Casi todos con las insignias del gran reino de Skifia. Las banderas de su padre estaban desgarradas en el suelo y los barcos estaban calcinados, llenos de flechas ardientes clavadas en su estructura. Eivor, enfurecido por la visión de la derrota, sacó la espada y gritó:

—¡Envíales las peores tormentas que la tierra conoció! ¡Destroza sus hogares y sus cultivos con lluvia de hielo, congela su sangre y cubre su tierra de nieve!

Sibille se bajó del caballo y alzó los brazos hacia el cielo. Unas enormes nubes negras danzaron en un aterrador baile encima de su cabeza. Truenos y relámpagos sacudieron el cielo, mientras una lluvia de hielo golpeaba la tierra. La joven apuntó con sus manos hacia Tadmír y la más furiosa de las tormentas cayó sobre la condenada ciudad.

Unos segundos fueron suficientes para que la sed de venganza explotara en las entrañas del príncipe. Se olvidó entonces de su palabra, de su amor y de lo más bello que es capaz de albergar el alma humano. Golpeó sin piedad a su fiel corcel y alzó la espada.

Cabalgó hasta las puertas de Tadmír, derrumbando al enemigo por decenas e infundiéndole valor y esperanza a los soldados de Skifia que al instante reconocieron en el misterioso guerrero al príncipe heredero.

Los hombres de Tadmír no conocían el frío, no tenían ropas de abrigo ni sabían caminar por la nieve. Confundidos y azotados por la tormenta, aflojaron la defensa y descuidaron las puertas y los muros. Las bestias cayeron desorientadas ya que no veían nada por la pared de nieve y fueron derrotadas al instante por los soldados. Gloriosa fue la entrada de Eivor en la ciudad del enemigo. El ardor de la batalla le hizo perder el sentido del tiempo. La rabia y la ira eliminaron el cansancio de su cuerpo y para cuando la espada de Eivor se llevó la última vida del enemigo, la ciudad ya estaba rendida y las tropas de Skifia celebrando la victoria, encolerizados todos por la matanza.

Los hombres alzaron a Eivor y se dirigieron hacia los aposentos del rey herido. Se oían gritos de júbilo con su nombre por todas partes, acompañados de la palabra “héroe”.

De repente cesó la tormenta y las nubes despejaron el cielo estrellado. Una sensación gélida asfixió el pecho de Eivor. Se liberó de los abrazos de sus exaltados súbditos, montó a caballo y galopó hacia el pico.

Encontró a su amada tendida en la nieve, casi inconsciente y tiritando de frío. La joven entregó todas sus fuerzas para la tormenta y su sangre descongelada ya no resistía el frío.

Eivor tapó a Sibille con su capa y la subió al caballo. Cabalgaron sin parar, cambiando de caballo hasta tres veces por el camino. Estaban perdidos y congelados, y la vida de su amada se escapaba. Su espíritu se había desvinculado del corazón del bosque y sus habitantes perdieron el contacto con el alma de Sibille. Nadie podía ayudarles.

El príncipe abrazaba con fuerza a su amada y observaba desesperado como caía el sol del tercer día tras el horizonte.

Los últimos rayos del sol se apagaron tras el horizonte cuando alcanzaron la ciudad, y el tercer caballo cayó muerto.

Eivor corrió hacia donde vivía la madre de Sibille y acostó a su hija moribunda en la cama. Apenas pudo ver el rostro de su madre y apenas pudo el príncipe jurarle amor eterno cuando el último aliento de vida escapó de los labios de la princesa.

Nunca había visto Amara una tormenta tan feroz. Estaba sentada frente a la ventana de su torre, con las sienes hinchadas de tanto llanto y las manos adormecidas por el frío. El granizo golpeaba los vidrios, mientras el viento entonaba un aterrador cántico. Se sentía abandonada y olvidada por sus seres queridos y la culpa torturaba su alma.

De repente justo enfrente de ella se postraron unas enormes águilas. La tormenta parecía no molestarles, ya que se quedaron sostenidas en el aire sin ningún esfuerzo. En el centro Amara reconoció a Marionn sentado en el ave más grande. Se acercó a la torre y, sin pensárselo, Amara abrió la ventana, maravillada ante la visión del bello Guardián de las Águilas.

El joven le sonrió y estiró la mano hacia ella invitándole a subir. De su mano cayó un fino hilo del misterioso pigmento púrpura...

De vez en cuando, durante los inviernos en Skifia, el gran rey Radomir entra al bosque del Millón de Años para ver a su hija Amara. Todas las bestias del bosque le conocen y ninguna osa interrumpir su condena. Se adentra en con sus cansados pies de anciano y vaga hasta encontrarla. Y cuando la halla, tan sólo se queda observándole mientras unas lágrimas silenciosas se deslizan por sus pómulos secos.

Ella camina por la nieve descalza sin dejar huella. Su cabello es más blanco que la luna y sus ojos son transparentes como agua congelada. Ella decora el bosque invernal de ornamentos maravillosos compuestos de copos de nieve y hielo. Crea adornos especiales para favorecer a cada árbol y reviste de un manto blanco la tierra. Ella camina sin detenerse junto al rey ya que, desprovista de memoria, ni le ve ni le reconoce...

Muchos siglos después los trovadores cantaban y relataban historias sobre el rey Radomir de Skifia y sobre la guerra de Tadmír. Reproducían gloriosamente cómo el príncipe Eivor irrumpió en el campo de batalla, acompañado de nevadas y heladas nunca antes conocidas. Hablaban de cómo trajo la victoria a su ejército, llevándose en unas horas más vidas enemigas que sus soldados durante toda la guerra. Acababan con una triste nota sobre lo que el rey y su hijo sacrificaron para dejar su huella en la eternidad. El príncipe Eivor perdió a su amada y el gran Radomir a su hija Amara. Que recuerden por mucho tiempo cuán alto precio pagan los hombres por la avaricia y la arrogancia.

F.F.V